

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 89

Madrid Mayo de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.

EN LA PRADERA



EL TIO VIVO.

SAN ISIDRO LABRADOR PATRÓN DE MADRID

SE BENTIFICACIÓN (1619).—SE CANONIZACIÓN (1722).

Los historiadores y biógrafos del Santo, hijo y patrón de esta Villa, están en completo desacuerdo respecto á la fecha en que nació, hasta el punto de que alguno fija el día de su muerte antes que otros señalen el día de su nacimiento. No falta, sin embargo, quien precise el día 15 de mayo de 1135, acaso para que coincida con el que la Iglesia consagra especialmente al culto del Sant. Labrador, el pueblo dotado anualmente á festejar la memoria en tradicional y alegre comedia y fue señalado en 1620 para celebrar con públicos regocijos la fausta noticia de su anhelsada beatificación.

Las virtudes extraordinarias y los prodigiosos hechos que, en su vida del Santo, se le atribuyen, causaban la admiración y el asombro de cuantos tenían noticia de ellos y muy particularmente del pueblo madrileño, que claramente mostraba su orgullo y su satisfacción por contar entre sus hijos Santo tan portentoso.

De boca en boca corrian relaciones detalladas de los innumerables milagros de Isidro y todos sabían y contaban cómo dos ángeles, vestidos de blanco, bajaban del cielo con buenos respaldos para arar las tierras, mientras que recorria los templos ó se dedicaba á la oración, según testimonio de su amo Iván de Vargas, y cómo en cierta ocasión pidió este agua donde no la había y él, su hijo Moisés, hirviendo un peñasco con su abogada hizo brotar la fuente, que hoy aun se conserva al lado de un ermita, y cuya agua es tan milagrosa, según la inscripción allí grabada.

«Que San Isidro asegura que el conde la bobbera y calentura tragó, y volvió sin calentura.»

Virtud medicinal y salutifera, queda, entre otros muchos por Felipe II, á quien, siendo príncipe, devolvió la perdida salud; beneficio á que correspondió su madre la emperatriz D.ª Isabel fomentando en agradecimiento la anasidicha ermita.

Todos asimismo sabían y relataban cómo había resucitado algunas bestias de otros pobres labradores; cómo un día, para dar de comer á unos pajarillos hambrientos que caían de las nubes, volvió en el momento el poco grano que llevaba, y al llegar al molino encontró los sacos repletos; cómo, celoso de su santa esposa María de la Cabeza, por instigaciones de la maliciosa, acudió á sorprenderla en sus supuestas distracciones con los pastores del Jarama, y al verla aquella desde la opuesta orilla esperada la barca, tendió la mantilla sobre las aguas, y poniendo los pies en ella, pasó de la otra parte con más fácil movimiento que un cisne, como dice Lope de Vega en su Breve suma de la vida de San Isidro.

Después de su muerte acaeció mucho más la fama de su santidad, y no faltaron nuevos milagros y nuevos prodigios, á los que el pueblo asociaba el nombre venerado del Santo. El pastor que se presentó y guió á Alfonso VIII la víspera de Los Naranjos, á quien todos por cierto que había sido San Isidro; el día en que el cuerpo incorrupto de éste fue trasladado de su primer sepultura á la iglesia de San Andrés; las campanas habian repicado solas, una sábado, durante algunos meses, cuando éstas tocaban el Ángelus; un ángel encendió la lámpara de su sepulcro; la sequía terrible que sufrió Madrid á fines del siglo xiv, había terminado solamente apenas acabaron en proceso aquel sagrado cuerpo, al que siempre se acudía con segura resaca, en las rogativas públicas, para lograr el término de epidemias y de calamidades.

Todos los reyes de Castilla mostraron veneración ferviente al Sant. Labrador, á quien recorrian, así como el pueblo, en sus adversidades para pedir remedio, y en sus desdichas para pedir consuelo, yendo unas veces á la capilla para ver y adorar su cuerpo que entonces era descubierta con pompa y solemnidad particular, haciendo otras que fueran trasladado á palacio en pública procesion, y llevado á los reales aposentos, especialmente en las tribulaciones de nacimiento, enfermedades y muertes.

Felipe III, que con mayor empeño á con mejor suerte había conseguido que el pontífice Paulo V expidiese en 14 de junio de 1619, en Santa María la Mayor de Roma, la Bula de la beatificación de San Isidro, con grandísimo regocijo de la corte y del pueblo de Madrid, regresaba de su jornada de Portugal para asistir á los festejos dispuestos con aquel motivo; pero tuvo que detenerse en Casarembio, atacado repentinamente por dolencia mortal, que se agravaba por momentos.

La noticia de la enfermedad y de los temores que inspiraba, produjo emoción general, y se decidió, como recurso supremo, llevar en procesion á Casarembio el cuerpo del Sant. Patrono.

Con pompa solemne—dice un historiador—saló de Madrid aquella singular rogativa, en que van los curiaños como la gente del pueblo, pediendo alabanza á Dios el restablecimiento de D. Felipe; los pastores y vecinos de los lugares inmediatos por donde pasaba, ofrecían al ashechor grandes hogueras, que, distribuidas á trechos por el camino, consistían en la devota comitiva proseguir su marcha, llegando á Casarembio después de siete horas de fatiga. Colocada al arco junto al lecho del enfermo, abrió el vicario de Madrid, á incorporado el rey, besó con viva devoción aquella veneranda reliquia, iniciándose desde luego tan franca mejoría, que á los pocos meses los médicos le declararon fuera de peligro.

No hay para qué decir cuánto sirvió este hecho para aumentar la devoción y el entusiasmo del pueblo de Madrid, y cuánto contribuyó á dar más esplendor y lucimiento á las fiestas preparadas, y que se celebraron, como dicho queda, el 18 de mayo de 1620, en la Plaza Mayor, que por orden del citado rey se habia construido y terminado pocos meses antes, después de haber terminado la visita, que estaba ruinosa, siendo este el primer suceso histórico á que sirvió de teatro la nueva.

Mesenero Romano, en su obra El antiguo Madrid, describiendo aquellas fiestas, dice que se juntaron en Madrid los pondones, cracos y cofrades, clerecías, aldeanos, regidores y alguaciles de 47 villas y lugares, formando una procesion en que se contaban 136 estandartes, 78 cruces, 19 dancas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del Santo fué colocado en el arco de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y habiendo vestido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, músicas, juegos y encamisados por espacio de seis días; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios y fuegos, que se quemó por desahogo, terminándose la función con un certamen poético para la noche tomas, que propuso la Villa, al que concurren los más escudados ingenios y del que fué secretario el celebre Lope de Vega, que después lo publicó.

Refiriéndose al desahogado incidente de los fuegos, leemos en la Historia de la villa y corte de Madrid que, incendiadas acaso las nuevas construcciones, fué tal el estrago producido en pocas horas, que se calcularon las pérdidas en más de 4.000 ducados.

La urna de que antes se habla, y que donó al Santo el gremio de plateros, es de oro, plata y bronce, y aunque adolece del mal gusto de la época, es de gran valor, pues sin contar las hechuras, como 16.000 ducados. Dentro de esta urna se halla la interior, de filigrana de plata sobre tela de raso de oro, que fué regalo de D.ª Mariana.

Dos años después, á 12 de marzo de 1622, el Papa Gregorio XV canonizó solemnemente á San Isidro Labrador, á la vez que á San Ignacio de Loyola, á San Francisco Javier, á San Felipe Neri y á Santa Teresa de Jesús.

Madrid celebró la canonización de su Santo Patrono el domingo 19 de junio de aquel año.



Si grandes fueron el regocijo y la devoción con que los madrileños solemnizaron la beatificación de su excelso Patrono, indescribibles á momentos fueron la alegría y el entusiasmo con que festejaron la gratísima nueva de la canonización.

D. Antonio de Ledá Pineda, en sus Anales de Madrid, curioso manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional, relata en los siguientes términos estas variadas fiestas.

«Domingo diez y nueve de junio celebró Madrid la canonización de su glorioso hijo y Patrono, con una solemnísima procesion en que asistieron los cuarenta y seis lugares que diximos en la de su beatificación año de 1620. Fué esta por particular grandeza, por la canonización de otros quatro San Ignacio de Loyola, San Francisco Xavier, Santa Teresa de Jesús (en cuyo día escribió esta) y San Felipe Neri, los de todos cinco Santos se celebró en un día, queriendo Madrid solemnizarlos todos por compañeros en éste de su glorioso Patrono... No dió lugar el tiempo á hacer arcos triunfales, y así se hicieron ocho pirámides de setenta y quatro pies en alto sobre pedestales de ocho y medio cada una, con diez figuras de ocho palmos, doradas de oro fino, con targetas de armas y coronadas. Dos se pusieron en la Plaza de la Cebada, dos en la calle de Toledo, dos en la Plaza Mayor y dos en la Puerta de Guadalajara... En la Plazuela de la Cebada se plantó un jardín ó huerta de doscientos pies de largo y veinte mecos de ancho, y en un cuadro della arando San Isidro, obra toda de extraordinaria curiosidad, trabaxa y admiración... Por todas las calles que anduvo la procesion se pusieron vallias, y en frente de palacio teatro para las danzas, y en la Plaza Mayor otro para que los Comedijos viesen dos comedias que se representaron en quatro medios carros, como se hacen los autos del Santísimo Sacramento en su principal fiesta, una de las niñerías de San Isidro, otra de su levantado, ambas de Lope Felix de Vega Carpio, con que se celebraron fiestas dignas de ocupar su parte... La Reyna doña Isabel de Borbon, de presente y hasta su muerte, dió cinco vestidos ricos para los cinco Santos. Saló, pues, la procesion con la mayor grandeza y concurrencia de gentes que se vió en Madrid, que á no avaria puesto las vallias fuera imposible caminar las calles... El santo cuerpo en su arca de plata, en un rico sitial, que movian ruedas secretas... En la Pasadería estaban los Reyes y los Infantes, y llegando el santo cuerpo, bajó el Rey nuestro señor á acompañarle, y los Consejos de Aragón, Italia, y Inglaterra, que se ocuparon en su puesto, y por ser ya tarde, repartió la Villa, desde de las volas ordinarias, gran número de achas, que dieron bastante luz á todos, y así llegó toda la procesion á su Iglesia de San Andrés. Las comedias se representaron primero en palacio, y después al Consejo y á la Villa en la Plaza Mayor. Hubo músicas, luminarias y fiestas toda la octava. El día de Corpus amaneció nuestro un cartel para una justa literaria, en la que se premiaba con un ducado en un teatro que se hizo en el segundo patio de palacio para que gozaran esta fiesta sus Magestades y Alcazares y toda la Casa Real. Estuvieron los Juces en forma de Villa con sus señeros y porteros, que fué particular honor que su Magestad les dió este día. Fué Secretario Francisco Testa, secretario Mayor del Ayuntamiento, y leó las poesías Lope Felix de Vega, que imprimió relación de estas fiestas con las comedias y fiesta poética, dirigida á esta insigne Villa, en quarto.»

La Relación á que aluden las anteriores líneas contiene otros muchos interesantes pormenores, pues á la vez que en ella se describen con minucioso esmero los adornos, fábricas y aparatos de las pirámides, altaras y castillos, se insertan los jeroglíficos, epigramas y versos que se cada uno pusieron, haciendo su descripción y elogio los más celebrados ingenios, y se hace detallada reseña de la procesion, su orden y sus armas, pendones, cofrades, clerecías, aldeanos, regidores y alguaciles; sus músicas, aguilas y danzas, que hubo varias; de negros, de leones, de galanos, de franceses, de Brabon, de Melandras, del Emperador, de los gitanos, de las cuatro partes del mundo, de las once galeras, de las espadas y del agalla de oro, y describiendo sus cuatro admirables carros, que representaban los cuatro elementos, cada uno de ellos acompañado también por sus correspondientes danzas y músicas: el de la Tierra, de agricultores; el del Agua, de dioses marinos y sirenas; el del Aire, de espáncos vestidos de plumas; y el del Fuego, que se imitaba con ricos trajes y rostros encendidos.

Lo estrecho y limitado del espacio nos impidió hacer siquiera ligerísimo extracto del interesante relación, y citando de pasada las invenciones de fuego que tres noches lucieron en la plaza de Palacio, con juego de cañas

de 30 portenas en caballos fugitivos, un toro y un astiferano y una montería de cuervos y osos, la batalla de fuego en dos escuadrones de galeras que hubo en la plaza de las Descalzas y las mascaradas que hicieron los Padres de la Compañía, y fueron cosa admirable y celebrada, diremos algo, aunque poco ha de ser forzosamente, de la ya mencionada Justa poética.

Es el cartel citado por Pineda, y que el día del Corpus amaneció puesto bajo el cielo de un dosel, en raso blanco, guardado de pasacuerpo y raudas de oro, decía la Villa que quería aprovechar á desafío los excelentes ingenios que profesa escribir versos, con ricos premios que dió hermosas Nymphas los ofreció á diez combates de ingenio y pluma.

Cada uno de estas diez justas alegóricas ofrecía tres premios, y eran: La Agricultura, al que mejor cantase en determinado número de versos el milagro de arar los ángeles mientras hacia oracion San Isidro; La Inocencia, al que mejor pintase en cuatro octavas la satisfacción de los celos que le dió su divina esposa Santa M.ª de la Cabeza, pasando el río Jarama sobre su marido; La Amoreza, al que mejor describiese en cuatro dísticos una mañana en que nuestro Labrador madrugaba para ir al campo, quedando después en la capilla de Nuestra Señora del Almudena; La Caridad, La India Oriental, La Penitencia, Italia, Roma, Castilla y La Alegría, á los que respectivamente tenían que hacer otros cuatro rabinos á los demás canonizados, al Santo Padre, al rey Felipe IV, y finalmente, al que glossara mejor estos versos:

«Masato, aunque tu valor reyes lo están aumentando, nunca fué mayor que quando taraste tal labrador.»

Los treinta premios ofrecidos, fueron: Al primer combate, una fuente de plata dorada de 80 ducados, un reloj de oro de 40 y un tronco (1) de 30; al segundo, un castro (2) de oro de 40 ducados, un jarro de plata de 30 y un bueiro (3) dorado de 20; al tercero, una cadena de respaldador de 30 ducados, un Aguija de 20, un corte de jabón de 10; al cuarto, un bernalgal (4) de plata dorada, un escritorio y un brinco (5) dorado, para agua de olor; al quinto, seis ramilletes de plata, una escribanía de ébano y marfil y unas ligas de nacar con puntas de oro; al sexto, unos calcetines de plata, un pomo de oro y dos pares de medias de seda, unas verdos y otras de nácar; al sétimo, una copa dorada, un vaso y una lámpara de extremada pistora; al octavo, un collar de plata dorado, un rosario esparzado de oro, y diez varas de tafetán, y al noveno, un aguamanil dorado, una espada y daga dorada y un espejo de cristal.

El premio de cada uno de los tres premios, á contar del cuarto combate ó toma, era 20, 20 y 10 ducados respectivamente. Los premios del décimo consistían en una corona de laurel que le pondrá en la cabeza el que le ha de leer los versos, con música y aplauso, y un plato de plata en que la lieve, de precio de 30 ducados, para el mejor; al que siguiera con más facilidad, una sortija de su diamante de precio de 20; al tercero, diez cucharas de plata, y á todos los demás, alabanzas guantes y ramilletes, de suerte que ninguno escriba sin premio, fuera del que tendrá en el cielo quien alaba y glorifica á Dios, maravilloso en sus Santos.

La lectura de las composiciones que van con la relación, es curiosísima y entretenida: quien quiera gozar de ella, vea el tomo XII de la Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso, de D. Fray Lope de Vega Carpio, impreso por Saucha, en Madrid, 1777.

Nosotros, para terminar, copiaremos la letra de los poetas que fueron premiados en los tres lugares de cada toma, pues basta la calidad de algunos para dar idea de la importancia del certamen y de la bondad de los trabajos:

1.º Lope de Vega Carpio.—Francisco López de Zárate.—D. Pedro Calderón.

2.º D. Guillón de Castro.—D. Juan Orosio de Cepeda.—Ldo. Juan Pérez de Montalbán.

3.º Dr. Mira de Amescua.—D. Antonio de Lugo.—D. Juan de Avila.

4.º D. Francisco de Quiñana.—D. Felipe Barnard del Castillo.—D. Francisco de Francia.

(1) Cintillo guarecido de piedras que se ponía en los sombreros para adorno.

(2) Cadena que se llevaba al cuello.

(3) El botijo tradicional.

(4) Espece de Lasa para beber, hecha de boca y de punta ondulada.

(5) Jersey ó que se usa aquel nombre porque se llevaba colgante y al andar se movía como saltado ó brinco.

6.º D. Fernando de Ludeña.—Jerdnimo de Robles.—Doña Antonia de Navares.

7.º D. Diego de Villegas.—Sebastián Francisco de Medrano.—Luis Díaz, 30 ducados aparte.

8.º Francisco Manuel Tosta.—D. Fernando Bermúdez.—Doña Inés de Zayas.

9.º D. Alvaro Vique.—D. Martín de Urbina.—Fr. Ignacio de Gaona.

10.º D. Juan de Jáuragai.—Jaicinto de Píña y Juan de Valencia.

La relación termina con esta nota humorística: «Al grande ingenio de D. Miguel Yonogas, de Granada, quinto nieto del Rey Chico, un laurel en premio de sus FAMOSAS doctores. Al maestro Burguillos—el mismo Lope—una pensión de alabar á todo el mundo mientras viviere, y una libranza de quinientos ducados en el Río de la Plata, á cuyo mar se viata después del día del juicio.»

TELLO TÉLlez AL MILAGRO DE ARAR LOS ANGELES MIENTRAS HACIA ORACION SAN ISIDRO

CANCION

Coronadas de luz las sienes bellas empuja el sol su luminoso coque á la estación donde madrega el día: quilo el prestado honor á las estrellas, y en rampada de luz venecó á la noche con los ardientes rayos, que regia, castigó á su ocidia: la tierra fué, que nuevo sol le opuso, estera de verdor, campo de fuego, Cuando en sus rayos ciego, que rubicas desdichas vio como sembrar por ra los granos esmeraldas, por espigas eager verdaes gemasaldas.

Los campos de Madrid y vicios hellos, y los ciehos del sol campos heroneros eran con los opuestos respaldos, porque ostentando á cultivando en ellos, ya labrador, ya espiritos dichosos, campos de estrellas son rielo de flores vesda de esplendores.

Recluta la tierra al sol de mayo, que paga el sol en rayos á la tierra, y en luminosa guerra espigas compitir, á sus rayos porque el cielo y el suelo en sus fatigas mienen de rayos son, globos de espigas.

El viento entre los rarios arbores del respaldador, Madrid, que á la refocales, cielo humano te yó, divino suelo, Isidó dos celos, y creyó dos selos, admirado confuso entre dos hices bellado el campo y cultivado el cielo, que con santo dovedo lino la labraha con el llanto: ángeles que su gloria le ilustrabas y el viento, que abrazaban manos eclipses en abismo tanto, ignora á quien incline su destino á Angel cultor ó á Labrador divino.

Habe, pues, en su espíritu dichoso arrebatado hasta los celos ante, que aun la tierra por el cielo ovida, y espiritos del trono luminoso, rayos de luz en abarcada noble baja al suelo á dar nueva vida: la tierra agraciada, al favor de los celos soberano, un esperanzas del Abril florece, tanto, tanto agraciado el beneficio de la culta mano, y estrellas profadoras ostentan bellas, si hacieran tu tierra las estrellas.

Como la tierra el parameño olado, y el rústico instrumento, que la opriso, nunca más olido, nunca más nuevo, á la man obediencia, no al arado, el arco estimo, que en su centro imprime: celeste autor de su esperanza grave, quien habra que te alabe, ángeles labrador, si ofresce el suelo á celestias ostes human fruto y celestia tributo á humano agricultor ofresce el cielo: Y aunque yo el hombre rústico ejercicio quien vió al ángel usar rústico oficio!

«¡Cuán más dichoso esta, quien más ufano, con ángeles el suelo en oca día ó con un labrador no más el cielo! Mas gloria tiene el cielo soberano pues humilde los ángeles ovra, que porvidos por el labrar el suelo, tanto pudo tu role, tanto isono tu atroz maravilloso, tanto las oraciones celestiales por dos ángeles vales, los suplica la deseado virtuosos, y pues de flores ves los campos llenos, porque se aumenten más trabaja menos.

Deja mi pluma el vuelo, mi torpe acento el canto, mi voz aliento tanto, que aunque alaba á Madrid, Madrid es cielo, y es bien que á tanto orgullo se presume suave voz, dulce acento y mejor pluma.

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA. DESCRIPCION DE LA MAÑANA

en que San Isidro madrugaba para ir al campo, quedándose después en la capilla de Nuestra Señora de la Almudena oyendo misa.

Quando el mozo del camino echó cobada á las mitas, y los ladrones con bulas aguan su lecho y el vino cuando el caso incluyano previenen las ventileras, los pollos, las gallineras, boteran los grasspanos y los barberos galanos se chocaban las bigoterías cuando la fama afletada gamma verde parote, el calvo caballeroce y Bona la mal cascada, de la primera onca en el pastadero valiente al barto que tiene cofrade, que todo dole de ser, que comienza á amanecer en Madrid y en el Oriente, sale el varro de la Villa con en su otra peñona á concluir la alorosa transformación amarilla, la mala el médico emulla, de la purga el boticario, propinase el leonario, luce á fofino el bolego, camia el gallo, rota el ciego, sabe el froite al compañero: cuando responden los grillos á alcañales y caraceros, y amancece sin dimeros el miserable burpuzillo,

los arados y los trillos, en verano y en invierno, luego deja al gobierno de los ángeles de Dios y están hablando los dos como un osagro con su rero: los bueyes, vacas el anorra, por lomo preguntaban que en aquella edad hablaban y también hablan ahora, el en tanto á la señora del Almudena decía lo que sin saber sabía, y para más contemplar ofresca dejaba arar los ángeles todo el día.

El Maestro Burguillos. (LOPE DE VEGA)

Satisfacción de los celos que le dió su divina esposa «Santa María de la Cabeza», pasando el río Jarama sobre su manto.

OCTAVAS

Agricultor divino, que aprovecha que á costa de vigülas y desvelos cuando esperas colmada la cecelia sembrás amores que os tributas viclos! Conira vos toca el arara la esopacha, que derritais quoronas de los celos! ¿Que bravos dejen ser para quien ama celos que se apacientan en Jarama? Pero basta en ellos os llamad dichoso, lino, pues que seis alegría de aquel original santo y celoso José mejor de la mejor María: labrador fué del grano misterioso que en tierra vírgen la palma cria, labrador imita como ca desvelos, el celoso inocente y vos con celos.

El desahogado se llama casto dueño, satisfacción de vuestra ciega dula, Ángel es vuestra esposa, el río sueño, que en confirmado amor sospechas roada, sobre Jarama aquesta vez rirémo vestida la verdad al anís demand, lenguas desinente á mortales fragua, la suya remilento á la del agua. Regalos prevení al roceldia, si el manto larca su inocencia aprocha que el lapulio cristal milagros brilla, laureado el honor, la fe la lieva; dála, lino, los brazos, que á la orilla rugidos devaneco, amor rompeva, sacidcho vos y oca comaste, si niño fué el amor, será gigante.

El presentado Fray Gabriel Téllez. (TIRSO DE MOLINA)

EL GUARDIAN DEL PUESTO

Fué una cosa tremenda, un verdadero diluvio. La víspera hizo un calor formidable, y hasta se cree que cantaron por primera vez las cigarras en los pocos arboles de la ribera, con lo que los vendedores viejos movian con zozobra la cabeza, murmurando: «Milagro será que la fiesta no se nos agüe.» Y se agüó. Abrió el día del Santo con un toldo de nubes negras que metía miedo; soldose por completo la corrazon poco después de amanecer; se levantó luego un viento-cillo sospechoso, y de pronto, como heraldos del chaparrón, cayeron cuatro gotas anchas y redondas que no parecían sobre la lona de los puestos sino manchas de aceite.

La rapazuela, con esa extraña y encantadora gravedad de los niños pobres que dejan de sorio á la fuerza en cuanto alborcan en los doce años, hallábase preparando su puesto de rosquillas para la venta cuando comenzó á llover. Estaba sola, quitándose á las banastas sus cubiertas de hule ó de tela, limpiando el peso, y de improviso una racha de aire húmedo, que la revolvió los papeles de envolver y que la dió en la cara, la hizo lanzar una exclamación.

«¡Lo que va á diluviar!» murmuró. Acordóse entonces de su madre, que había ido al ventorro de junto al río á comprar una botella de vino y una lechuga antes de que comenzara á cargar la gente, y consultando al horizonte, concluyó azorada: «¡Lo que es si tarda mucho, de seguro se moja!»

Aquellas cuatro anchas y redondas gotas no amenazaban en vano. Antes de que los vendedores hubieran podido poner sus mercancías á buen recaudo, desgajáronse las nubes en un chaparrón torrencial, desatándose á la vez un huracán violento que sacudió los techados de lona, arrancando alguno y llevándose solo por los aires. El aguacero era tan rucio y compacto, que durante algunos minutos se vió el lugar de la romería á través de una hilada de gotas en diagonal por las bofetadas del viento. Todo se empapó terriblemente; rosquillas, torrones, botellas de licores, silbatos de cristal, cartelones, caballitos... y la hora clásica de la fiesta, las cinco de la mañana, que estaban al caer!

La furia del ciclón amainó en brete, pero no se rasgó el nublado y continuó lloviendo. Los vendedores habían defendido como pudieron de la turbonada con la esperanza de que pa aría; al ver el mal cariz que tomaba el día perdieron los estribos, y apurada la paciencia e talló en el aire un enorme coro de silbidos y juramentos.

«¡Nos ha fastidiado el Santo!» gritó una chula que vendía pitos, contemplando el lastimoso estado de sus flores de papel.

«¡Ya, ya—la replicó á voces una rosquillera de zagalojo, apartando varias «tontas» convertidas en bizcochos por el agua.—Le digo á usted que en esta ocasión no se ha portao un decentemente con nosotros.

«¡Qué se ha de portar! Ya podía haber sujetao á esas arrastras de nabos que son unas pérdidas.»

«¡Merecía que silbaramos la estatua de la puerta!»

«¡Pas no sería la primera vez! Arreció de nuevo el aguacero; un bárbaro propuso que se llevara á cabo la silba, y allí se fueron diez ó doce

vendedores en tropel hacia la ermita, alborotando por el camino.

La rapazuela de las rosquillas no perdía ríspio, en tanto de la efervescencia de sus camaradas. Al oír su brutal proposición, la pobre criatura se echó a temblar; era la primera vez que acompañaba a su madre a la romería, y su espíritu inocente y piado se sintió lastimado, con aquellas palabrotas soeces de la turba, disparadas contra el Santo.

—¡Qué brotos!—murmuró la rosquillera.—¡Son capules de hacerío como lo dicen, en vez de pedirte al bendito patrón, con la mayor humildad, que aleje la tormenta! ¡Vaya una irreverencia!

Unos instantes guardó silencio. Luego advirtió que los levantiscos vendedores no cejaban, y cada vez más acorazada, exclamó:

—Si madre viniera pronto me acercaría a la ermita a decirle a ese pobre señor que se metiera adentro y cerrara la puerta.

Pero su madre se retardaba. Un lugareño propuso entonces la grita; la muchacha, indignada, díjole a una compañera próxima que echara una mirada al puesto, y sin aguardar a más, tomó a lazos nuestra arriba a toda carrera.

Salando, sin alientos, ahogándose por la fatiga del galope, empapada por la lluvia, llegó a la ermita antes que los vendedores. La gente no había bajado aún a la pradera, o por lo menos, los madrugadores, sorprendidos por el temporal, hallábanse refugiados en merenderos y cantinas; no la esteró, pues, nadie. La rapazuela fué a gritar a la escigie: «¡Haya usted!» pero la voz se la heló en la garganta; la hornacina de la fachada estaba vacía, sin la estatua del Santo que corona la puerta principal. Aturdida la chiquilla, turbada por la sorpresa, se quedó inmóvil, sin saber qué pensar de tal desaparición, sin ideas, con un caos en el cerebro. ¿Llegaba tarde? ¿Habrían apedreado los salvajes de sus camaradas la figura bendita de la entrada? ¡No, no!... No se advertían desperfectos; se tranquilizó en seguida.

—¡Vaya, eso es que alguno ha tenido la misma idea que yo!—murmuró el cabo, iluminada su mente por esta idea salvadora.

Y se volvió al puesto alegre y sonriendo.

Cerca de la tendalera descubrió una silueta muy singular al cuidado de sus rosquillas; no era su vecina la vendedora, no; era un hombre lampiño, de largos cabellos, con un extraño traje de paño burdo, ceñido a la cintura por una correa y con una roja de labrador en la mano.

Ya junto al puesto pudo fijarse en detalles; vió entonces de frente al extraño sujeto, y advirtió, en torno a su cabeza, un suave nimbo de luz, como un resplandor. La chiquilla sintió que le daqueaban las piernas y que el corazón la daba un vuelco terrible. El desconocido la consideraba con suprema ternura, con una mirada dulcísima y llena de amor, que producía un placido regocijo, sonriéndola.

—¡Yo recuerdo esta cara!—murmuró la niña sin poder apartar su vista de aquel rostro inefable de su sustituto. De pronto le la llenó la inteligencia de claridad, y cayendo de rodillas, exclamó, juntando las manos, mientras brotaba en su memoria la remembranza de la hornacina vacía:

—¡El Santo!

El afable incógnito la recomendó el silencio, y poniendo un dedo en sus labios, la alzó del suelo, y con una voz de infinita ternura, la dijo:

—Muchas gracias por tu intención, hija mía, y ahí te queda el puesto, que yo he vigilado mientras ibas a avisarme del momento de locura de esos desdichados, a quienes perdono!...

Luego, la figura del Santo desapareció súbitamente, la muchacha se encontró sola en su puesto, todo seco, mientras los demás chorreaban agua, sin atreverse a creer lo que había visto; permaneció anonadada, como convertida en una estatua de piedra, y de repente, saliendo de su éxtasis ante la figura de su madre, que entraba en el puesto con su botella y su lechuga, la dijo aún con los ojos desmesuradamente abiertos:

—¡Madre! ¿A qué no acierta usted quién ha estao ahora, mesmito ahí onde usted está?

—¿Quién?
—¡Pus San Isidro!
Y no había acabado de soltar el nombre, cuando la pobre mujer la replicó con aire de lástima:
—¡Vaya, veo que no te has despabilao entadía.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

EN EL SANTO



¡Aquí que son las legítimas!



LA GUARIDA DE LOS GRAJOS EN LA SIERRA, POR J. CARDONA

CABALLERO ANDANTE

Quien lo viera con su calzona y sus botas antequeranas y su ancha faja de lana, chaleco de terciopelo y chaquetita de paño burdo con adornos de pana negra, sombrero ancho, de campo, y sus patillas de boca e jacha, y sus ojos negros y vivos y su nariz corcheta, caballero en hermosa jaca cordobesa, más negra que la jamba y más fina y mejor cruceada que el potrero del señor Santiago según decía el que la montaba, diría entre admirado y entusiasmado:

—(Me por los buenos mozos!
Porque como buen mozo, lo era, y como buen jinete no había otro en los reinos de Andalucía que pudiera espóndrele a la vera, en cuanto que él decía: «¡Vamos ya!»

Al tropezarse con aquel caballero en el camino de Feija, los trabajadores que iban a su faena, y los caminantes de cualquiera clase que fuesen, saludaban al buen mozo, quien correspondía con afabilidad a los saludos.

Algunos transeúntes se detienen para verlo marchar, y el caballo, como si estuviera alocado o tuviera conciencia de su gallardía, se osumaba, en viendo gente, en lucir sus habilidades.

¡Qué romos aquellos y qué coquetaría y qué andar tan magistrál de aquel animalito!

—¡A la pa e Dio, cabayero!—decía saludando a las personas a quienes hallaba en el camino el soberbio jinete.

—Moebo madrugasté, señor Juan—le decía alguno que con él tenía más franquon que los demás.

—Ar que madroga Dio le ayuda—respondía el caballero.

—¡Ha caído que jaso!
—Pa' xé a eso yamo.

—Pus guano mano disquerdá, señor Juan. No menos que el señor Juan había andragado aquella mañana el apero de un cartijo que andaba a pala con un muchacho de hasta doce ó trece años, su hijo, por no se que disgustó doméstico.

—¡Yusté, amigo!—dijo el señor Juan al padre furioso.—Que no gorpas usted má ar chava.

—Vayasté por su camino—respondió el apero, que ésto es mi hijo y yo bien sé lo que me jigo.

—Ea, pues el gerve usted á levantá la vara—replicó el caballero con altanería.—voy á jacha pié á tierra y vásté á ve pa qué ha nascío. Eo no es é hombre.

—¡Ea!
—El hombre ha nasío pa peletá; pero no pa fartiarse a las mujeres ni a los viejos, ni pa martrará a los niños.

No se a la fuerza moral de estas palabras a él tono y la expresión del señor Juan, que demostraba muy claramente que él era hombre capaz de cumplir cualquier promesa del género de la que había hecho al padre cruel, ello fué que ésto se templó.

—Está gueno—dijo—ya está indurtiao.

—Mueha gracia, amigo mio, y cuando á usted se le ocurra arguosa cosa, no té más que mandá á Juan Cabayero.

Cuando el apero oyó aquel nombre, se estremeció.

—Yaya si este me revienta si me desendió!—pensó.

Y después, tartamudeando, dijo:
—Lo mismo digo: aquí me tiene usted pa too lo que sofrega.
—Conque así, y que no vayasté ahora á repeti la fiesta.
—¡Ee señor Juan! No te has jechao mar parrico—decía el padre al chiquillo—pero ya nos entendamos tú y yo a la noche.

La ventilla estaba como a la mitad de camino, sola y aislada completamente. Y allí estaban ellos.

Así por lo menos había asegurado un vecino de Feija al teniente que mandaba la fuerza encargada de perseguir por aquellos contornos al señor Juan y a su partida.

Un vecino, quizás el único capaz de hacer una mala pasada al señor Juan.

Porque todos le daban favores, y antes se habrían dejado ejercer que venderlo.

«Era un caballero completo—al decir de los vecinos,—un padre para los pobres y un valiente.»

Y allí estaba, en la ventilla, pero solo, sin su gente.

Y allí acudió la tropa.

En cuanto el señor Juan oyó el trotar de los caballos del piquete, llamó al ventero:
—¿Quién soy yo aquí?—le preguntó.

—Pues el amo de la casa y de te—respondió el ventero.

—Eso es: que cuando ayeguen los sordao, yo soy el amo.

Y llegaron pocos minutos después.

El teniente se apeó y entró en la venta. La tropa quedó fuera.

—¿Quién anda por aquí?—preguntó el oficial jovialmente.

—Pa servirle a usted los presente—respondió el señor Juan.—¡A vel un refresco pa or jefe.

El ventero se apresuró a servir al oficial, a mejor dicho, al señor Juan Caballero.

—¿Me permite una que convie a los chicos?—preguntó Juan.

El teniente autorizó aquella generosidad del fingido ventero.

—¿Señal parar en esta venta ese nasino llamado Juan Caballero?—preguntó el oficial.

—Eso... desgracia no para en jamás en parte arguosa. Pero erao usted, señor teniente, que no es tan fiero or boón.

—Me lo figuro: yo le he hecho correr una vez y espero que no sea la última. Es un coharda, como toda esa gente, que se vale de la sorpresa.

Juan estaba pálido y sentía que se le anublaban los ojos.

Por fin, dominándose, replicó:
—No es oro lo que quiero decir, sino que Juan es un hombre de corazón incapaz de asesinar a una paloma.



APUNTE DE LAS PROVINCIAS, POR J. CARDONA

—Vango juyendo.
—¿Que te pasá?—preguntó Caballero un tanto alarmado.
—Que están ahí los ladrones con ar zató Cabayero.
—¡Ea!
—¿Cómo dices, muchacho?—preguntó, levantándose del asiento el teniente.
—Que están ahí, yo los he visto, y querían que los hiciera un mandao.
—¿Dónde?
—Más arriba, a la vera or pueblo: venasté; en trasponiendo ese puentecho.
El teniente salió de la venta, montó a caballo, y todos los soldados hicieron otro tanto.

En seguida partieron al galope.
—¿Esto no acuerda o mí?—preguntó el chico al señor Juan.
—¿Quién ero?
—El hijo el apero a quien quitó usted que su pare le jartara a leña, jaso oeko día.
—¡Aa!
—Ar pasó lo tido a usted aquí y se me ocurrió que estaba usted pa cao en or lase, y jiro mo.

Caballero abrazó al chiquillo y le regaló unas pesetas.

Cuando el señor Juan relataba este suceso, se enterrecía como una paloma ibocotes, que decía su compadro, y exclamaba:
—¿No he de querelo yo a los angelito e Dio!

EDUARDO DE PALACIO

CUENTOS VULGARES

EL EMIGRANTE

El campo de los Remedios, enclavado en territorio orensano, entre el Miño y la ciudad, ofrece anualmente al forastero, durante la feria de setiembre, gratísima impresión. Aquella multitud que se acerca y se retira del santuario; aquellos templos de lino, cubiertos de follaje, desparrramados por la pradera, más para vistos que para descritos; aquellos trajes variados que ostentan los labradores en la memoria; aquellos cuadros de la vida campestre, tan animados por la gaita y por la danza, dejan en la memoria recuerdos imperecederos.

Desde el campo se ve alta en el alto Montealegre, que domina la ciudad; más allá el Crucero, donde se descubre un panorama encantador, a un lado el puente, con sus gallardos arcos, obra gigantesca de otras edades, de cerea y de lejos el caudaloso Miño, con sus márgenes tan aprovechadas por el cultivo y tan utilizadas por los campesinos, y por todas partes las villas, los mazailes, los árboles y los rincuelos.

En derredor de la ermita las gentes pagan por entrar y salir: los unos a depositar las ofrendas al pie de la Virgen, tan venerada de los orensanos; los otros a pedir su intercesión en las grandes aficciones de la vida, y todos a prosternarse ante la sagrada imagen.

Aquel gentío que concurre a los Remedios, en cumplimiento de un voto religioso ó inspirado por necesidades mercantiles y quizás por honesto recreo, se aloja en el campo al aire libre, formando grupos más ó menos numerosos, según las relaciones de vecindad ó feligresía, para consagrarse ya a la novena, al son de la característica gaita, cuyas notas, dulces y melancólicas, impresionan tan agradablemente a oídos gallegos, ya a reparar las fuerzas perdidas de tanto andar, valiéndose de sencillos platos de olivato pulpo, de apañitos empanadas ó de clásicas torraditas de parida, manjar este último en que el huevo, el vino, el pan y el azúcar se destacan en abundancia; ya a descansar en el verde césped, tomando la horizontal, tendido de cansancio y de fatiga.

Y en aquellos grupos alegres, animados, vistosos, domiciliados en extensas alamedas, se observa que los hombres llevan unos paños a guisa de bastones, que alcanzan una longitud de metro y medio; ámbos defensas que utiliza, empica y ostenta la gente labradora, y algunos, aunque en corto número, lucen la clásica moatera y las tradicionales guindas para conservar lo pasado y como protesta viva al progreso de los tiempos; pero la mayoría, la inmensa mayoría, viste ya, no el calizo, producto de la industria pastoril, sino el traje moderno, con muchos rengorauor en el espaldar del chaleco, con muchos pliegues en la blanca camisa, y con una amplitud de sombrero verdaderamente extraordinaria, ostentando con orgullo casi siempre un paraguas de familia, encarnado ó azul, producto de la fabricación lusitana.

Las mujeres envuelven la cabeza con pañuelos, algún tanto crecederos, encarnados y amarillos, cuyos col res ostentan la bandera española, y pasan con garbo su alegre arquitectura, como dijo el poeta, cubierta con los dengues, mercedanas y justillos que tan bien sientan a las amplias, bellas y redondeadas formas de las gallegas.

La feria y romería de los Remedios es una exposición pública de los trajes típicos del país y un estudio práctico de las costumbres de Galicia.

Hallábase el autor de estas líneas entre el santuario y el puente, teniendo fija la mirada en un Pañuelo, colocado en lo más alto de un tabernáculo visicelo, para reclamo de forasteros, cuando se le acerca un muchacho de andar resuelto y vivaracho, de ojos expresivos, de facciones varoniles, algún tanto hablador y con una sonrisa infantil encantadora, manifestándole que aprovechaba aquella ocasión y aquel momento para despedirse y para decir ¡adiós! al que había conocido tres ó cuatro años antes en una de las más humildes y más pintorescas aldeas de Galicia.

—Pero, muchacho, ¿adónde vas con tan pocos años y quizás sin quizás sin licencia de tus padres?
—Marcho al Brasil y saldre para el Rio, desde Lisboa, en el vapor Patagonia.

—¿Quién te paga el pasaje hasta Rio Janeiro y quien te arregla los papeles?
—Nadie, ni necesito billete ni papeles. Me llevan a pagar allí con lo que gano, como han ido Juan y Pedro. En Lisboa no reclaman para el embarque ni papeles, ni documentos, sino que haya salud, robustez y ganas de trabajar.

—Pues que Dios te favorezca; pero que paréceme que eres demasiado rapaz para tan larga travesía.
—Pero, señor, si somos en casa siete de familia, sin tener siquiera para el caldo, ¡so hemos de buscar el pan! no están allí otros del lugar, más poqueños que yo, y mandan a los padres cada dos meses cinco duros, a cobrar en Vigo? No se apuro, que la suerte es igual aquí que en Rio, si hay conducta.
—Que te vaya bien, y acuerdate de la Virgen de los Remedios, en cuyo santuario, tan visitado por los gallegos, nos encontramos.
—¡Hasta a volta!...
—¡Adiós! Buen viaje!...

Al despedirse y al separarse aquel adulescente, a quien conoci guardando las vacas de sus honrados padres en el prado de Torreznola, que fue diestral de una parroquia, vendido como bienes nacionales, sentí honda, bondadísima preocupación, mal contenida, a pesar del bullicio de la fiesta y del continuo jolgorio de las cantinas.

Y es que el sentimiento ahoga la razón. No hay nada que afilja el ánimo como ver marchar, sin saber cuándo volverá, a una persona querida. Así es que la inmigración la lamentamos todos; pero la realidad se impone a todos los corazones.

¿Qué sería de Galicia sin la estancia, más ó menos permanente, de millares de sus hijos en Portugal, en Buenos Aires, en Rio Janeiro, en Montevideo, en Mejico, en Chile, en el Perú, en Cuba, ó en distintas provincias españolas?

Los filántropos, los sociólogos, los filósofos y los hombres de Estado se oponen a la emigración; pero la lucha por la existencia, ya tradicional, manosea y propaga las corrientes emigratorias.

Desde el día de la despedida hasta el momento actual van transcurridos veinte años. Aquel rapazuelo, encontrado en el campo de los Remedios, fué en 1874 al Brasil y se halla de regreso en Galicia, después de haber trabajado con fe, con entusiasmo, con verdadera vocación en Rio. Sus padres, que todavía viven, por fortuna, fueron acoorridos en la medida de sus fuerzas materiales, así como sus hermanos, que llegan ya a una decena. Es decir, que el joven emigrante, que marchó a América por la necesidad de trabajar, ha sido una verdadera Providencia para su familia.

Pudo socorrer a los padres, y Dios se lo bendecirá; pudo dar carrera eclesiástica a los dos hermanos mayores, y los hoy sacerdotes, piden diariamente por la salud de su bienhechor; pudo redimir los pequeños foros y derechos que entregaba cada año la familia al cabecero; pudo ofrecer y regalar modestísima dote a sus hermanas casaderas, y cuando había cumplido con los deberes de hijo, procuró trabajar mas para conseguir algunos ahorros. Y en efecto, lo consiguió, regresando al país, para establecerse definitivamente, después de haber despedido en el Brasil los oficios de barrendero, mozo de cocina, camarero y fondista.

Ahora se encuentra en Galicia, tranquilo, gozoso, satisfecho de haber obrado bien, siendo el idolo de sus ancianos padres y de sus numerosos hermanos; habita una casa preciosa con amplia y espléndida galería, unida a una huerta y a un jardín, que causaría envidia a los potentados de la tierra; trabaja, no por necesidad, sino como recreo del espíritu y como práctica de la virtud; estudia diariamente para comunicar las enseñanzas adquiridas a los labradores, sus convicciones, que no tienen tiempo de leer ni recursos para adquirir publicaciones; vivo apartado del ecuicquismo gallego, dolencia de más de nuestros efectos y que causa mayores victimas que el colera, el tífus y el dengue; socorrió al labriego que en realidad lo necesita para las labores del campo ó al menesteroso inválido para el trabajo; sirve de preceptor a sus hijos, a quienes enseña los conocimientos útiles y prácticos indispensables en las sociedades modernas, y no se dedica a la usura, tan extendida en las aldeas de Galicia y en el domicilio de los campesinos.

Y entro leer, enseñar, recoger flores, elaborar vinos, cultivar plantas, hacer limonada, visitar enfermos ó ir al casino a ostentarse de los periódicos nacionales y extranjeros se pasa el día, desconociendo lo que es la envidia, la ebriografía y el caciquismo.

¡Feliz el que vive extraño a las malas pasiones y ajeno a todo propósito malvado!

¡Feliz el que por el trabajo se ha redimido de la miseria, elevándose a una altura adonde no se llega ni por la posición ni por el dinero!

¡Feliz el que es apreciado y respetado de las gentes y bendecido por su familia, sin que la crónica murmuradora de la villa pueda decir otra cosa, sino que... ¡es un hombre honrado!

FERNAN GONZALEZ.

NOTA AL PÚBLICO

El presente número, como todos los demás que publicamos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los señores suscritores de Madrid a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA podrán adquirirlo al precio de

10 CÉNTIMOS

bien por medio del repartidor ó en esta Administración. Los números atrasados para formar colección costarán

25 CÉNTIMOS

Imprenta de LA CORRESPONDENCIA FACTOR, NUM. 7

